

## 27. La reflexividad de la transición. Identidad, discurso y acción colectiva en el País Vasco

Enrique Laraña Rodríguez-Cabello<sup>1</sup>

### Reflexividad social, modernización y acción colectiva

Un libro que rinde homenaje a Salustiano del Campo parece un contexto adecuado para un trabajo como éste que persigue dos objetivos. En primer lugar, profundizar en el estudio de la transición a la democracia en España, destacar la complejidad de ese proceso y defender la necesidad de abordarlo con ayuda de algunos conceptos que han adquirido singular importancia en la sociología contemporánea durante la última década, como 'reflexividad' e 'identidad'. Mi propuesta se funda en su utilidad para lo que considero una tarea pendiente en las ciencias sociales: el análisis de esa transformación desde supuestos congruentes con su naturaleza de *complejo proceso en formación*, que da lugar a consecuencias no queridas en la consolidación de ese nuevo orden social.

La transcendencia de esta tarea es fruto de la naturaleza de esta transformación, que no se circunscribe al orden político sino que tiene implicaciones sustantivas en la economía y la cultura. Una de las principales razones para ello es que una transición democrática constituye el motor del proceso de modernización en el sentido amplio y clásico de este concepto: como proceso de racionalización de las relaciones de dominación que vertebran ese tipo de sociedad (Weber, 1944). Mi argumento es que ese proceso no puede restringirse al orden político ni en sus efectos ni en cuanto a la identidad de sus principales actores. Por todo ello, considero que la transición ha sido el proceso de transformación social más importante que ha tenido lugar en nuestro país durante el siglo xx, ya que inicia el proceso de liquidación simbólica de la ideología de enfrentamiento civil y violento siguiendo las pautas de la sociedad moderna.

Desde los años sesenta, a ese cambio contribuyó una generación de científicos sociales, algunos de los cuales parecen haber influido en los re-

<sup>1</sup> Mi agradecimiento a Francisco de Asís de Blas, Emilio Lamo de Espinosa y a Victoria Peña por sus sugerencias y comentarios a este trabajo, cuyas versiones iniciales fueron presentadas en la I Conferencia Regional de la AIS para América Latina y el Caribe. Isla Margarita, 7-12 de mayo de 2001, y en el Ciclo de Conferencias sobre Movimientos Sociales organizado por el Departamento de Sociología de la Universidad de La Coruña, el 13 de diciembre de 2000.

formadores del régimen de Franco. Buena parte de esos científicos sociales lo hicieron desde el interior del mismo, desde posiciones de influencia en la Universidad, lo cual les convierte en un ejemplo del modelo clásico de modernización en el que las élites intelectuales desempeñan un papel central (Touraine, 1993). En ambos casos podemos situar la biografía de Salustiano del Campo, en cuyo libro *La sociología científica moderna* realizó un sólido análisis de la concepción moderna de la modernización social desde una perspectiva histórica en la que, entre otras cosas, la separación entre Economía y Política se vincula a la transformación del Estado y a la creciente autonomía de una nueva esfera de la actividad humana, la económica, que se regirá por normas propias, y, lo que es más importante, servirá de modelo para la constitución del nuevo orden político<sup>2</sup>. Del Campo publicó su libro en los años en que se estaban gestando estos cambios sociales y comenzaba una tímida apertura en esa dirección del régimen franquista.

A pesar de que presentan distintas definiciones, 'reflexividad' e 'identidad' son dos conceptos sociológicos interrelacionados, como se pone de manifiesto en este análisis del conflicto vasco. Los distintos significados de ambos conceptos no son incompatibles y el empleo del término 'identidad' contribuye a explicitar algunas razones por las que el concepto de reflexividad se ha situado en un primer plano para la teoría sobre las sociedades contemporáneas<sup>3</sup>. En este trabajo, el término reflexividad se emplea en las dos acepciones que considero más importantes. En primer lugar, como *autoconfrontación* de la sociedad con sus propios fundamentos, con aquellos procesos de desarrollo tecnológico y modernización social que han impulsado su transformación en los últimos dos siglos (Beck, 1997). El énfasis en estos procesos rompe con las idílicas imágenes de la sociedad moderna, que hasta hace poco informaban a la mayoría de las aproximaciones sociológicas, y contiene un componente crítico que confiere fuerza analítica al que lo usa con acierto. Sin embargo, el uso que se viene haciendo de este concepto desde conocidas perspectivas teóricas (Giddens, Beck, Lash) lo convierte en un arma (o un bisturí) de doble filo, con los que también se puede cortar el analista al usarlo para diseccionar la realidad social.

Por un lado, el énfasis en esta forma de reflexividad potencia su capacidad analítica y le proporciona ideas sugerentes que le permiten ver "la otra cara de la luna", las consecuencias no queridas de aquellos procesos de modernización y transformación social basados en la ciencia. Por otra parte, con frecuencia esa clase de análisis teórico de la reflexividad social suele operar en un plano de abstracción que plantea problemas derivados de su falta de conexión con la realidad, lo cual interfiere con su utilidad para la investigación sociológica y

tiende a convertirlo en un *concepto sensibilizador*. Este término fue empleado por Blumer para designar las categorías analíticas que se caracterizan por su vaguedad y su "divorcio del mundo empírico", con cuyo uso identificó un problema importante de la teoría sociológica (1969:141). Ese problema es fruto del papel determinante que desempeña esa clase de esquemas teóricos en la investigación: «plantear los problemas, señalar los objetos y encauzar la indagación hacia las relaciones» que se han destacado entre las clases de objetos<sup>4</sup> (*op. cit.*:141). Sin embargo, la validez de esos esquemas radica en su conexión con los hechos, ya que teoría, investigación y hechos «están» entrelazados en una trama operativa en la que la teoría orienta la investigación, ésta busca o aísla los hechos, y éstos afectan a la teoría. La fecundidad de esta interrelación constituye el medio a través del cual se desarrolla la ciencia empírica (Blumer, 1990:107). La ausencia de contraste con la realidad supone romper esa trama e impide que estos conceptos sensibilizadores funcionen como faros que iluminan el camino de la investigación<sup>5</sup>. Esos conceptos se limitan a suscitar el interés del analista hacia determinados fenómenos pero no le conducen a un tipo de observación que le permita llegar a conclusiones fundadas. En ese caso, el papel de la teoría se diluye y la investigación puede acabar dirigida por modas intelectuales, más o menos duraderas pero poco consistentes por ausencia de contraste con la realidad.

En segundo lugar, el concepto de identidad desde la misma década de los noventa ocupa un lugar central en el estudio de los procesos de acción colectiva, algunos de los cuales están en la raíz de importantes transformaciones sociales<sup>6</sup>. En ese campo, algunos sociólogos constructivistas<sup>7</sup> han acuñado un nuevo significado del concepto de reflexividad social que considero de especial interés porque permite situar la observación de estos fenómenos en un plano intermedio de observación. Como he expuesto en otro lugar, la observación de lo que acontece en ese plano permite al analista documentar el análisis de estos procesos en otros que son protagonizados por redes y organizaciones de movimientos sociales, y profundizar en el conocimiento de ambos (Laraña, 2001a). Esta forma de reflexividad se funda en la concepción de los movimientos como *agencias de significación colectiva* que difunden nuevas ideas y pautas de relación social, como instrumentos para definir cuestiones controvertidas en la opinión pública y, de ese modo, para influir en las políticas públicas que intentan resolver problemas sociales. Ello implica que

<sup>4</sup> Los esquemas teóricos son, esencialmente, proposiciones sobre la naturaleza de esas clases y de las relaciones entre ellas, en las que esa naturaleza es problemática y desconocida. Esas proposiciones se convierten en guías de la investigación para comprobar si son ciertas, o si lo son sus implicaciones» (Blumer, 1969:140).

<sup>5</sup> Este argumento me fue sugerido por Aarón Cicourel, en comunicación personal.

<sup>6</sup> Por su relación con este trabajo, entre esas transformaciones destacaría la necesidad de abordar la política desde una concepción diferente, debido a la importancia que adquieren nuevas formas que surgen al margen de los cauces convencionales. Esas formas de participación en la vida social, en palabras de Beck (1992), se *desencadenan* de sus lazos tradicionales con las instituciones políticas, que las mantenían subordinadas a los partidos y pasan a desempeñar un papel central en los procesos de innovación y cambio social.

<sup>7</sup> Snow y Benford, 1988; 1992; Gusfield, 1994; Melucci, 1989; 1996.

<sup>2</sup> «A esta primera autonomización de la Economía seguirá, a su debido tiempo, la de la Sociedad, proceso que culminará cuando al orden del Estado se oponga el orden de la Sociedad, cuando ésta se independice de aquél, cuando, en suma, aparezca una Ciencia de la Sociedad, distinta y autónoma de la ciencia del Estado» (Del Campo, 1962:23).

<sup>3</sup> Lo mismo puede decirse del concepto de identidad, que se ha instalado en el núcleo del debate sociológico y en el horizonte de las transformaciones más importantes que van a realizarse en el siglo XXI.

algunos movimientos sociales se convierten en plataformas de dinámicas discursivas que adquieren central importancia en las sociedades complejas en virtud de la naturaleza reflexiva de los primeros, es decir: de su capacidad para crear controversia respecto a un estado de cosas cuyo sentido normativo se daba por hecho antes de que surgiese el movimiento (Gusfield, 1994). El potencial de reflexividad de los movimientos también se manifiesta en su capacidad para deslegitimar a las autoridades políticas y desvelar las razones de poder e interés que informan sus decisiones y los discursos sobre su pretendida neutralidad científica o política.

El análisis del conflicto vasco en este capítulo se funda en estas dos acepciones de reflexividad que acabo de exponer. Mi principal argumento en este trabajo es que el movimiento antitotalitario que ha surgido en Euskadi durante los años noventa constituye una agencia de significación colectiva y producción de discurso que adquiere especial importancia en ese conflicto. Este movimiento actúa en ese plano simbólico a través de actos públicos y movilizaciones colectivas que atraen la atención de los medios de comunicación, y por medio de manifiestos que se difunden en esos medios y en internet.

El contenido de esa acción simbólica consiste en definiciones colectivas en las que las organizaciones de este movimiento promueven un marco de significados que influye con fuerza en la percepción pública del conflicto, y lo hacen cumpliendo las tres tareas fundamentales para conseguir tal influencia. Para este análisis, voy a aplicar el que elaboraron dos de los sociólogos constructivistas antes citados sobre la capacidad de persuasión de los movimientos sociales (Snow y Benford, 1988; Hunt, Benford y Snow, 1994). En primer lugar, las organizaciones del movimiento producen un diagnóstico de la situación en la que ésta se define como un problema colectivo, caracterizado por la ausencia de libertad y la violación de los derechos de los ciudadanos vascos no nacionalistas, cuya solución requiere la intervención de éstos. Este aspecto es documentado al final de este capítulo, al igual que se hace con otro rasgo de la acción simbólica del movimiento democrático vasco a la que se atribuye importancia central en el análisis del potencial de reflexividad o definición colectiva de los movimientos sociales (Snow y Benford, 1988). Me refiero a la identificación de los responsables de esta situación y la extensión de esa responsabilidad a los partidos nacionalistas que se vienen presentando públicamente como moderados. La siguiente tarea de las organizaciones que consiguen influir en los públicos consiste en producir un marco de soluciones a la situación o el problema así definido ("marco de pronóstico"). Esa tarea también ha sido realizada por los grupos aglutinados en el *movimiento democrático*, expresión que aquí se emplea como equivalente a la de movimiento antitotalitario para designar al conjunto de organizaciones que desde 1986 comenzaron a movilizarse en público en contra de las acciones terroristas: Gesto por la Paz, Denon Artea, Bakea Orain, Movimiento contra la Intolerancia, Foro de Ermua y ¡Basta Ya! El marco de pronóstico de este movimiento ha sido especialmente difundido por los dos últimos grupos durante la campaña electoral del año 2000 y consiste en afirmar que la Constitución española y el Estatuto de Guernica son los instrumentos que brindan soluciones democráticas al conflicto vasco. Finalmente, este movimiento ha promovido una simbólica llamada a las

*armas*<sup>8</sup> contra aquellos que las emplean en el sentido real, lo cual constituye la siguiente tarea básica para conseguir el apoyo a la causa que defiende y consiste en promover un "marco de motivación" capaz de convencer a sus potenciales seguidores de la necesidad de que se movilicen en defensa de la libertad y la democracia. Junto a estas tres tareas de creación de un marco de movilización que denuncia el papel del nacionalismo moderado y radical, el movimiento antitotalitario y las organizaciones políticas constitucionalistas han promovido definiciones de las identidades de los otros movimientos y partidos que se analizan en otro apartado de este capítulo (sobre los campos de identidad), ya que potencian la capacidad de persuasión de estos grupos (Hunt, Benford y Snow, 1994).

Las razones por las cuales este movimiento no ha conseguido el éxito que algunos esperaban en las elecciones de mayo de 2001 tienen que ver con la naturaleza de una identidad colectiva nacionalista que ha sido descrita como *defensiva* (Ibarra, 1994). La propia consistencia del movimiento democrático en la definición colectiva del conflicto vasco, su fuerza discursiva y su influencia en los partidos nacionalistas parecen haber producido un efecto bumerán, en el sentido de generar una reacción de reagrupamiento en torno al bloque nacionalista más moderado. En cualquier caso, ese análisis desborda el espacio de este capítulo y requiere más información sobre lo que acontece en esa comunidad autónoma en los meses siguientes a la citada consulta electoral. Mi argumento aquí consiste en destacar el papel central que ha desempeñado este movimiento en los dos años anteriores y se basa en la información disponible sobre su influencia en las definiciones públicas del conflicto vasco. Este movimiento va por delante de los partidos políticos en tareas de producción de discurso y de legitimación de las instituciones democráticas que adquieren central importancia en los conflictos contemporáneos en general, y especialmente en el que aquí nos ocupa.

Ante la abrumadora información publicada sobre la forma en que el Gobierno vasco desempeña la misión esencial de todo Estado democrático, el monopolio de la violencia, ese potencial de reflexividad del movimiento también debería manifestarse en su capacidad para deslegitimar a las autoridades políticas que gobiernan Euskadi y desvelar las razones de poder e interés que informan sus políticas en el campo de la educación y la seguridad de los ciudadanos. Sin embargo, se trata de efectos más difíciles de producir y que requieren más tiempo, ya que el movimiento social opera en una situación en la que el poder sobre los medios de comunicación está en manos de esas instituciones nacionalistas cuya acción puede deslegitimar. El potencial de definición del movimiento parece ser obstaculizado por los medios de comunicación locales; los filtros que esos medios aplican a la información sobre el conflicto vasco y las movilizaciones del movimiento democrático están relacionados con la in-

<sup>8</sup> Ésta es la formulación original que hacen Snow y Benford del significado de los "marcos de motivación" (1988), la cual coincide con el subtítulo de uno de los libros que mejor reflejan cómo es la acción simbólica del movimiento democrático, escrito por uno de sus portavoces, Fernando Savater al que me refiero más adelante: *Perdonen las molestias. Crónica de una batalla sin armas contra las armas*.

fluencia que los partidos nacionalistas ejercen sobre ellos, lo cual se manifiesta especialmente en el medio más poderoso para atribuir significado a los hechos, la televisión autonómica. Esto último ilustra la relación que existe entre los procesos de reflexividad social y las cuestiones de identidad colectiva, el carácter socialmente construido de las segundas.

Otro supuesto que aquí se aplica en la interpretación del conflicto vasco consiste en la necesidad de abordar la política desde una concepción diferente, debido a la importancia que adquieren nuevas formas que surgen al margen de sus cauces convencionales en las sociedades modernas. Esas formas de participación en la vida social se *desencadenan* de sus lazos tradicionales con las instituciones políticas, que las mantenían subordinadas a los partidos y pasan a desempeñar un papel central en los procesos de innovación y cambio social (Beck, 1992). El desarrollo de este argumento, que no es posible aquí por razones de espacio, se basa en un análisis de los movimientos sociales contemporáneos que hemos planteado en otro lugar, el cual destaca la importancia que adquieren nuevas formas de participar en la vida social en el desarrollo y mantenimiento de la identidad individual (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994).

El conflicto vasco suscita cuestiones de importancia sobre el enfoque prevalente para explicar la transición en España. La complejidad de este proceso contrasta con la influencia que sobre este tema mantienen las perspectivas históricas en los medios de comunicación<sup>9</sup>. Si bien la importancia del análisis histórico es innegable, un proceso de tan amplio calado no puede abordarse correctamente más que desde una perspectiva interdisciplinar, y la sociología constituye una plataforma de singular capacidad integradora para ello. Las perspectivas históricas, por sí solas, no pueden desarrollar la clase de análisis que requiere un proceso como éste, y el monopolio que ejercen las primeras puede conducir a simplificar la complejidad de la transición. Ampliar ese estudio desde perspectivas que enfatizan este aspecto, y difundir sus conclusiones en otros foros menos especializados que los de nuestros colegas, es una tarea pendiente de los sociólogos españoles<sup>10</sup> en la que se inscribe este trabajo. Su objeto es un conflicto social que viene dramatizando la vida cotidiana de los españoles desde hace más de cuarenta años. Para analizarlo, voy a aplicar los conceptos de reflexividad e identidad arriba citados, junto con otros procedentes de la investigación de los movimientos sociales y las organizaciones contemporáneas, a la abundante información que suministran los medios de comunicación sobre este tema.

Este trabajo se centra en los acontecimientos que se han producido desde que ETA abandonó su primera "tregua" hasta las elecciones autonómicas vascas de 2001, y presta especial atención a los cambios que están teniendo lugar en

<sup>9</sup> Bernabé Sarabia, en comunicación personal. Una excepción en este sentido viene dada por el trabajo de Lamo de Espinosa (2001), en el que hay un interesante análisis del significado sociológico de la transición, también desde una perspectiva histórica pero vinculada a la sociología del conocimiento y fundada en algunos trabajos sociológicos que no han sido difundidos en los medios de comunicación.

<sup>10</sup> Agradezco a María Ángeles Durán sus sugerencias en este sentido.

los discursos públicos y en los escenarios de ese conflicto. Los sangrientos resultados de la campaña terrorista que tuvo lugar en este lapso de tiempo<sup>11</sup> han suscitado un intenso debate en los medios de comunicación y en publicaciones especializadas. Su importancia se pone de manifiesto en la amplitud de los temas que abarca este debate: desde el análisis de la transición a la democracia hasta los conflictos entre las identidades colectivas de los que intervienen en él. Ese debate se ha caracterizado por la confrontación entre los discursos públicos desde los que se definen los hechos, cuyo análisis es un objetivo central de este trabajo por las siguientes razones.

Cada atentado genera una serie de declaraciones procedentes de dirigentes políticos y personas relevantes no vinculadas a los partidos, que publican los medios de comunicación e influyen en el enmarcamiento (*framing*) o percepción pública del conflicto. Esos comunicados no se producen de forma fragmentada e inconexa, sino que tienen una coherencia interna que es posible identificar a través del análisis de los discursos públicos empleados por distintos colectivos y organizaciones. Esa clase de análisis nos brinda una información muy útil para aumentar nuestro conocimiento de los conflictos sociales contemporáneos, y en concreto del que viene impidiendo la normalización de la vida cotidiana en el País Vasco desde hace tres décadas.

Desde hace más tiempo, la importancia del análisis del lenguaje ha sido señalada por sociólogos y filósofos. En este sentido, Cicourel ([1964], 1982) expuso la necesidad de ir más allá de la concepción habitual del lenguaje en sociología y antropología, según la cual éste tiene carácter neutro y un significado unívoco. El lenguaje había sido considerado como un simple instrumento para transmitir una información que se daba por hecho que radicaba en su contenido, sin que su forma resultase relevante para entender su significado. Su libro *El método y la medida en sociología* contribuyó a cambiar esta situación y generó una serie de trabajos, en los cuales la relación existente entre el lenguaje y la realidad social constituye un supuesto básico de investigación. Si el análisis del lenguaje es importante en general, ya que su estructura y su uso afectan a la forma en que las personas interpretan y describen el mundo (Cicourel, 1982:26), esta técnica adquiere especial importancia en una controversia que se caracteriza por la existencia de dos discursos rivales, que proponen marcos de movilización opuestos para resolver un viejo conflicto.

En su influyente análisis de la postmodernidad, Lyotard (1986) sugirió una tipología de ciencias sociales que diferencia aquellas propias de dicha cultura y las de la modernidad. Las segundas se basan en la cuantificación sistemática de los fenómenos sociales, hacen de ese principio la regla de oro de su metodología científica y postulan la identidad entre los métodos de las ciencias sociales y las de la naturaleza (y la separación entre el investigador y el objeto de observación). Las ciencias sociales postmodernas ni siguen ese principio ni niegan la importancia de la cuantificación pero cuestionan la identidad citada y destacan la importancia de los métodos que no responden al principio de separación en-

<sup>11</sup> Un total de 30 asesinatos cometidos por ETA, desde que rompió la tregua, el 3 de diciembre de 1999 hasta el 13 de mayo de 2001, en que se celebraron las últimas elecciones autonómicas.

tre el observador y el objeto de observación (Melucci, 1996). Estas ciencias responden a una nueva situación en la que el saber científico constituye una clase de discurso cuyas bases de legitimación se construyen en la sociedad. La ciencia hoy se enfrenta con un problema fundamental de legitimidad<sup>12</sup> debido al cambio que se ha producido en su consideración social. Para Lyotard, ese cambio tiene su origen en los problemas de confianza que suscita la ciencia moderna y en las transformaciones que se están produciendo en las tecnologías de la información —lo cual ha generado la proliferación de nuevos campos del saber. Desde los años cuarenta, “las ciencias y las técnicas llamadas punta se apoyan en el lenguaje”, que permite aplicar los descubrimientos en ese campo: “los ordenadores y sus lenguajes”, “la fonología y las teorías lingüísticas, el álgebra moderna y la informática”, “los problemas de traducción de los lenguajes”, “la telemática y los terminales inteligentes” (Lyotard, 1986:14). La complejidad creciente de las sociedades occidentales hace necesario introducir esas “transformaciones tecnológicas” que desempeñan un papel cada día más relevante en la “informatización del saber”.

### Cambios en los discursos

Este trabajo forma parte de una investigación cuyo objeto son las dinámicas simbólicas y organizativas del conflicto vasco, las cuales se abordan situando el foco en el análisis de los discursos públicos con el fin de establecer las relaciones entre ellas. Al conocimiento de esas relaciones se le atribuye un papel decisivo, tanto para definir la naturaleza del conflicto y sus soluciones como para contribuir a que estas últimas se produzcan. Por razones de espacio, este trabajo se ocupa de los aspectos simbólicos de ese conflicto y el análisis de sus dimensiones organizativas se remite a una publicación posterior. La información empírica procede de medios de comunicación de masas de ámbito nacional, principalmente prensa diaria, radio y televisión<sup>13</sup>. Mi observación de movilizaciones contra el terrorismo en Madrid y mi anterior trabajo en el campo de los movimientos sociales suministran supuestos básicos de interpretación para este texto.

En la forma en que lo he aplicado en un estudio reciente sobre conflictos medioambientales, el objetivo del análisis del discurso consiste en identificar

<sup>12</sup> Lyotard establece una analogía entre las formas de legitimar el poder y el saber. «La legitimación es el proceso por el cual un legislador se encuentra autorizado a promulgar una ley como norma». En el caso de un enunciado científico, éste «debe presentar un conjunto de condiciones para ser aceptado como tal, que establece la comunidad científica» (1986:23).

<sup>13</sup> Mi análisis se ocupa de los discursos que se publican y editan en esos medios y plantea una primera interpretación destinada a ser contrastada y desarrollada en un trabajo sistematizado con los métodos habitualmente empleados en esta tarea. Mi información proviene de medios de alcance nacional, la mayoría de cuyas sedes se encuentran en Madrid, y no incluye información sobre este tema en los diarios vascos. Ello es congruente con el objeto de este trabajo, que se ocupa de la forma en que se define y percibe el conflicto vasco a través de la información publicada en medios de alcance nacional. Por ello, las ideas que se formulan en este trabajo sólo son provisionales, su objetivo consiste en suscitar una agenda de cuestiones y unos supuestos que deben ser contrastados empíricamente con un trabajo basado en la técnica de análisis de contenido.

las estructuras de significado y los usos lingüísticos en los que se articulan los marcos de referencia con los cuales los ciudadanos perciben una situación y la definen como un problema colectivo (Laraña, 2001b). Puesto que se produce a través del lenguaje, el discurso de las personas que representan a las organizaciones que intervienen en esta clase de controversia pública tiende a presentar un grado de coherencia interna del que depende la consistencia de las ideas formuladas. Sin embargo, la interpretación de los conflictos que surgen en torno a estas definiciones colectivas requiere ir más allá de ese principio de coherencia formal y *desconstruir el discurso* en los elementos que lo integran. El estudio de los movimientos sociales contemporáneos suministra algunos conceptos útiles para ello, que están basados en el de *marco de referencia* acuñado por Goffman (1986 [1974]) y Bateson hace algunos años. Desde la segunda mitad de los años ochenta, ese concepto ha sido ampliado y empleado en el estudio de los marcos de acción colectiva, inicialmente por Snow y Benford y más tarde por otros sociólogos que comparten supuestos de la construcción social, para interpretar los procesos en los que los individuos construyen el sentido de su participación en movimientos sociales (Snow *et al.*, 1986; Snow y Benford, 1988, 1992; Hunt, Benford y Snow, 1994; Benford, 1997; Johnston, 1991; Melucci, 1996; Laraña, 1999).

Mi análisis se funda en la constatación de una serie de cambios en los discursos públicos sobre el conflicto vasco. Esos cambios se consideran fruto de otros que se están produciendo en el escenario principal del conflicto como consecuencia del papel que vienen desempeñando nuevos actores colectivos. Son organizaciones civiles y grupos, que inicialmente fueron designados como pacifistas, los cuales han sido el germen (los “grupos fermento”) de un fenómeno colectivo al que atribuyo singular transcendencia: un *movimiento democrático* que puede desempeñar un papel decisivo en la culminación de la transición política en España. La visibilidad de este movimiento se produce a raíz de las movilizaciones de masas contra el terrorismo que han tenido lugar desde 1997, en protesta contra los asesinatos de Francisco Tomás y Valiente y Miguel Ángel Blanco, pero sus raíces se encuentran en las movilizaciones que desde 1987 han protagonizado en el País Vasco algunas organizaciones independientes de los partidos políticos, como Gesto por la Paz, Denon Artea, Bakea Orain.

La importancia de estos grupos está relacionada con la forma de reflexividad a la que me he referido al principio como un elemento constitutivo de los movimientos sociales (Gusfield, 1994; Laraña, 1999). En el caso vasco, la reflexividad de estos grupos radica en su potencial para definir el conflicto, influir en la opinión pública y movilizarla contra el terrorismo. Mi análisis se funda en cambios de discurso que se están produciendo en los dos últimos años, algunos de los cuales se exponen a continuación. Debido al vínculo que existe entre el lenguaje y la realidad social, esos cambios no son simplemente lingüísticos sino que dan lugar a otros que están produciéndose en los marcos de significados con los cuales las personas interpretan los hechos. Son cambios generados por los marcos de acción colectiva promovidos por las organizaciones del movimiento democrático que se consolida en España durante los años noventa. Mi argumento consiste en afirmar que esos cambios desempeñan un papel importante en la evolución del conflicto y sus posibles soluciones, y en ello se funda mi propues-

ta de analizar el primero situando el foco analítico en los discursos públicos a través de los cuales se manifiesta la relación entre política y cultura. Por tanto, este capítulo trata una cuestión continuamente replanteada en los medios de comunicación<sup>14</sup> y en la interacción social, cuando las personas hablan de los atentados terroristas y manifiestan sus dudas y su desaliento respecto a la eficacia de las movilizaciones contra ETA y el nacionalismo vasco. A continuación, voy a exponer las razones por las cuales atribuyo una importancia central a esta clase de movilización en relación con el tema de este capítulo.

### La reflexividad de la transición

Abordar el análisis de los hechos que se están produciendo en España desde que ETA comenzó su campaña de atentados requiere una reflexión sobre la naturaleza de un conflicto cargado de elementos emocionales y simbólicos que han crispado la vida cotidiana de la sociedad española desde hace más de treinta años. La importancia de este conflicto para el análisis sociológico de la transición española está relacionada con su persistencia, con la forma en que rompe las pautas pacíficas que la han caracterizado, y con su relación con la sociología de los movimientos sociales y las identidades colectivas. Debido a su violenta forma de expresión, este conflicto parece corresponder a un estado premoderno impropio de una sociedad cuyo proceso de modernización ha sido considerado modélico por observadores extranjeros y españoles. La situación existente en esa región muestra la necesidad de revisar las teorías clásicas más influyentes sobre la modernización de la sociedad occidental, al poner de manifiesto la importancia de los procesos de reflexividad social que suelen presentarse asociados a ese cambio. Entre las diversas acepciones de este concepto, aquí se emplea en un sentido diferente al que acabo de exponer, para designar la recurrencia de elementos del pasado que se consideraban incompatibles con la modernización de la sociedad occidental y constituyen consecuencias perversas de la transición democrática en España.

Esos aspectos de reflexividad se manifiestan al analizar el origen histórico del conflicto vasco desde una perspectiva centrada en los procesos de construcción de las identidades colectivas que ha adquirido un lugar prominente en la investigación de los movimientos sociales contemporáneos (Melucci, 1989,

<sup>14</sup> A raíz del asesinato de Ernest Lluch, el editorial de un influyente diario diagnosticó que el desánimo se extendía entre la población debido al significado político del ex ministro socialista, cuya voluntad de diálogo con el nacionalismo fue destacado en la mayoría de los discursos públicos en los días siguientes. El desánimo de los que se movilizan contra el terror en España se basaría en un diagnóstico que también apunta al miedo, otro elemento básico de la situación: «Si ETA es capaz de matar a Lluch [...] todo el mundo está en la diana de los terroristas y nadie es capaz de hacerles desistir» (*El País*, 24-11-2000). Ese editorial destacó otro factor que aquí se considera esencial en la persistencia del terrorismo y radica en las dinámicas de autoconservación de las organizaciones políticas. «Sin embargo, una organización cuyo principal móvil es encontrar nuevos enemigos para seguir matando está condenada: sólo triunfará si no se le hace frente. Y hay muchas razones para que la sociedad se una contra ETA, superando querellas partidistas que resultan ridículas frente a la evidencia de que ETA mata a todo el que no se pliega a sus órdenes».

1996; Jonhston, Laraña y Gusfield, 1994). De singular interés para ello es el estudio realizado por un antropólogo vasco que se ha visto obligado a abandonar su tierra por razones que ilustran la naturaleza del conflicto, ya que radican en su vinculación al Foro de Ermua y en su propio trabajo sobre el nacionalismo vasco. Mikel Azurmendi (1998) destaca que el conflicto entre las dos principales formas de identidad vasca se remonta a un periodo anterior a la industrialización de Euskadi. Esas dos identidades se fundan en dos concepciones diferentes del Estado-nación: una de ellas proviene de la tradición liberal que surge en Europa con el movimiento de la Ilustración, se centra en el individuo y en sus derechos, e informa los modelos francés, norteamericano y británico de organización política. Es la forma de identidad colectiva que puede designarse como *euronacionalista*. La otra forma proviene de la tradición alemana, que defiende la prioridad de una entidad abstracta —definida en términos de “comunidad nacional” o “pueblo” (*volk*)— y sus derechos frente a los derechos del ciudadano: es la forma nacionalista que fue promovida por los movimientos románticos como reacción a las doctrinas liberales y a la Revolución Francesa. Es la identidad vinculada a la ideología *etnonacionalista* de las naciones sin Estado, que aspiran a constituirlo<sup>15</sup>.

Para Azurmendi, el nacionalismo vasco responde a la segunda tradición y tiene su origen en la división de esa sociedad en dos identidades enfrentadas, «agónicas y en abierta pugna: una mayoritariamente ligada a la tierra (campesinos, pero también propietarios nobles) y otra ligada al libre mercado» (1998:42), lo cual produjo violentos conflictos en esa región desde el siglo XVIII. Al principio, éstos se manifestaron en la forma en que históricamente solían hacerlo los conflictos de clase, y fueron motivados por la defensa de la tradición y los intereses de los campesinos y labradores vascos frente a los propietarios de la tierra. En el siglo pasado, el conflicto entre dos identidades vascas se produjo ya bajo su forma actual, estuvo vinculado a los contextos rural y urbano, y dio lugar a las guerras carlistas. En ellas se enfrentaron esas dos identidades, transformadas a raíz del proceso de modernización en la liberal-democrática de los comerciantes, que vivían en las ciudades e impulsaban ese proceso, frente a la resistencia a ese cambio en los caseríos y el medio rural, donde la identidad vasca era nacionalista y conservadora. La derrota de este sector no impidió su reaparición a raíz del impulso que al principio de este siglo le confirió una élite nacionalista y urbana vinculada a Sabino Arana, y luego al Partido Nacionalista Vasco, en cuyo seno nació la organización juvenil que dio lugar a ETA.

La dramatización de la vida cotidiana que genera el terrorismo es justificada por unos discursos nacionalistas, moderados o radicales, en los que la pérdida de la comunidad ancestral de los vascos actúa como un mito legitimador de las acciones destinadas a recuperar aquella Arcadia primitiva, expoliada por la ocupación española (Juaristi, 2001). Este análisis enfatiza el papel de las agencias de socialización para entender la persistencia del voto nacionalista. A pesar

<sup>15</sup> El libro editado por Emilio Lamo de Espinosa (1995), *Culturas, Estados, ciudadanos*, contiene un análisis detallado de estas dos formas de construcción del Estado-nación, y el segundo volumen del celebrado libro de Manuel Castells (1997) contiene un análisis interesante del concepto “naciones sin Estado”.

de que ese mito carece de fundamento en la historia (Juaristi, 1997), y su difusión aparece vinculada a los dividendos políticos que genera en las organizaciones nacionalistas, la persistencia de su relato en familias y escuelas vascas lo ha convertido en un marco de significados con singular resonancia en la sociedad vasca. En ese sentido, Juaristi ha destacado la influencia que tuvo en el proyecto político de los nacionalistas vascos el análisis de los elementos milenaristas que hizo Aranzadi<sup>16</sup> —el sueño de la restitución de una Edad de Oro en la que los vascos habrían vivido independientes y felices bajo una democracia patriarcal (Juaristi, 2001:1)—, y ha ampliado ese análisis al señalar los elementos de exclusión del otro, que impregna de odio hacia España ese proyecto desde Sabino Arana.

Ese odio está en la raíz de la *atracción por el mal* (infligido al enemigo del pueblo) que ha caracterizado a los movimientos totalitarios del pasado (Arendt, 1951) y resurge en los ultranacionalistas vascos. Un odio que es fruto de un proceso de atribución de significados a través de las agencias de socialización y los partidos nacionalistas, los cuales han difundido «la convicción, compartida por los abertzales [...] de que esa situación de suprema felicidad se perdió por la invasión o la ocupación de una Euskadi ancestral por los españoles» (op. cit.:2). Para Juaristi, ese elemento del marco de movilización del nacionalismo vasco constituye un aspecto básico para conocer las diferencias que lo separan de otros que presentan rasgos étnicos similares<sup>17</sup>. La atribución de la pérdida de la Arcadia patriarcal vasca a los «conquistadores españoles» es el mito que potencia la agresividad nacionalista, la difusión del odio —que el nacionalismo vasco profesa a España y que es incomparablemente superior a la hostilidad que manifiestan hacia lo español catalanes o gallegos (op. cit.:2). Este proceso de creación y difusión de un *marco principal de victimización* de los vascos ha desempeñado un papel fundamental en la persistencia en el apoyo a los partidos nacionalistas a pesar de que se funda en una ficción, un hecho que nunca se produjo: «la pérdida de la Euskal Herria independiente y feliz, poblada de vascos de pura raza, que habría sido invadida y forzada al mestizaje por España. [...] Si tal fantasía se desvaneciera, no habría nacionalismo vasco» (op. cit.:2).

Por tanto, existen razones poderosas para mantener un mito que carece de fundamento histórico y contrasta con los ideales de la Ilustración, pero potencia la resonancia de los discursos nacionalistas y la continuidad en el poder de una parte de estos grupos, públicamente identificados como moderados, al igual que el apoyo a la violencia de otros. La importancia que adquiere ese mito en la formación y continuidad de los movimientos nacionalistas vascos es fruto del papel que desempeña en el nexo de unión, en la construcción de una identidad colectiva. La politización de dicha identidad por los partidos nacionalistas vascos se basa en la exclusión de lo español y produce importantes divi-

<sup>16</sup> Juan Aranzadi, *Milenarismo Vasco: Edad de Oro, Etnia y Nativismo*.

<sup>17</sup> Este análisis contribuye a explicitar la forma en que algunas organizaciones políticas pueden alinear a los públicos con un marco de referencia favorable a su mantenimiento en el poder, en este caso potenciando los sentimientos de pérdida y exclusión de los ciudadanos, lo cual ilustra el interés del estudio comparado de los nacionalismos vasco y catalán que he destacado en otro lugar (Laraña, 1999, capítulo 8).

dendos políticos, como se ha puesto de manifiesto en las elecciones del mes de mayo de 2001.

Otra manifestación del mismo proceso de reflexividad en este conflicto es encarnada por unos movimientos sociales cuya conceptualización más adecuada en sociología es la de movimientos totalitarios. A pesar de su importancia y su destructivo efecto en Europa durante el siglo xx, ese término brillaba por su ausencia en los discursos públicos sobre este conflicto, al margen de que con cierta frecuencia se empleara el calificativo «nazi» para definir la identidad del movimiento ultranacionalista vasco. Sin embargo, desde que ETA desencadenó su última campaña de atentados en la primavera de 2000, el adjetivo *totalitario* ha sido empleado con frecuencia para definir la identidad de los grupos que apoyan a esa organización<sup>18</sup>. Éste es uno de los cambios que se están produciendo en los discursos públicos, cuya importancia es consecuencia de la que tiene la definición de las identidades públicas en procesos de movilización como el que aquí nos ocupa. Mi argumento consiste en afirmar que i) el creciente uso de este término revela un cambio de discurso ya que es un «marcador de límites» que establece una clara diferencia entre los dos principales discursos públicos sobre el conflicto vasco. ii) Ese cambio es fruto de la intervención del movimiento democrático en el conflicto vasco.

Por ello, este trabajo se centra en análisis de los cambios en los discursos públicos sobre el conflicto vasco partiendo del supuesto de que no son formales y arbitrarios sino que nos dan información sustantiva sobre la evolución que se está produciendo en el escenario de ese conflicto y la naturaleza de los grupos contendientes. Mi argumento es que, a medio plazo, esos cambios pueden ser más significativos que el análisis de los resultados electorales, el reparto de escaños entre las fuerzas políticas y las alianzas entre ellas, en que se centra la atención de los medios de comunicación. Este argumento se basa en el análisis de los procesos de significación colectiva promovidos por unos grupos que eran considerados marginales al sistema político, ya que no formaban parte de sus organizaciones.

En esa dirección, resulta útil el citado concepto procedente de la literatura sobre movimientos sociales, «marcador de límites» (*boundary marker*), que fue aplicado por Taylor y Wittier (1992) en la investigación del movimiento feminista en Estados Unidos para conceptualizar la importancia de los procesos simbólicos destinados a establecer los límites entre dos sectores muy diferentes<sup>19</sup>. En ese contexto, el concepto *boundaries* (límites, fronteras) hace referen-

<sup>18</sup> Este término fue empleado por Fernando Savater en un foro de tanta influencia como el Parlamento Europeo con ocasión de la concesión del premio Carlomagno a la organización ciudadana ¡Basta Ya!: «Sabemos que personalmente no somos importantes, pero creemos que es importante lo que nos une y moviliza: el rechazo del terrorismo criminal de ETA y el apoyo explícito al Estado de derecho español, hoy amenazado por un proyecto totalitario de secesión violenta» (Savater, 2001:319). En las manifestaciones contra los atentados de ETA organizadas por el Movimiento contra la Intolerancia y otras organizaciones civiles en Madrid desde 1997, y por la plataforma Libertad en Euskadi durante la precampaña electoral del 2001, una de las pancartas más empleadas contenía el símbolo de la SS, que imputa la identidad nazi al movimiento ultranacionalista vasco.

<sup>19</sup> Las autoras replantearon la distinción inicial de Freeman (1974) entre un sector liberal de esos movimientos, que propugna la igualdad de derechos con los hombres y está vinculado a la

cia a «estructuras sociales, psicológicas y físicas que establecen las diferencias entre un grupo de oposición y los grupos dominantes con los que se enfrenta» (op. cit.:111). En mi análisis del conflicto vasco ese concepto se emplea en otro sentido, ya que parte de los discursos públicos para desplazarse al de los grupos sociales, pero que conduce al mismo objetivo señalado por las autoras citadas, la construcción de la identidad colectiva del movimiento democrático y el establecimiento de los límites que separan a los grupos nacionalistas de los constitucionalistas. La relevancia de esa tarea está relacionada con las estrategias discursivas características del conflicto vasco.

### La ambigüedad en el discurso

Desde hace años, la imprecisión y ambigüedad de algunos términos empleados con frecuencia en los discursos públicos para definir los acontecimientos terroristas en el País Vasco era una de las primeras observaciones que suscitaba la lectura de los primeros en los medios de comunicación, o al escuchar declaraciones políticas en radio o televisión. El problema radica en que la abundancia de eufemismos y términos inadecuados en algunos discursos públicos tiene efectos directos en la forma en que los ciudadanos definen un conflicto que no sólo se dirime en el ámbito de las instituciones policiales, sino principalmente en el de las legitimaciones y los símbolos. El eufemismo es una «expresión con la que se sustituye otra demasiado violenta, grosera o malsonante» y una figura retórica que se aplica «al que habla bien» (Moliner, 1996). Sin embargo, en los discursos públicos sobre el terrorismo esa expresión adquiere un significado contrario, puesto que resulta aplicable a los discursos que emplean palabras inapropiadas o ambiguas que difuminan los límites del conflicto y dificultan su percepción por los ciudadanos, al crear justificaciones más o menos explícitas de las acciones terroristas. Este argumento se funda en el análisis de los efectos de algunos eufemismos empleados al tratar de este conflicto en los medios de comunicación, consistentes en diluir responsabilidades y oscurecer la identidad colectiva de los actores sociales.

Este argumento se entiende mejor en conexión con las tres formas de entender el lenguaje político que señalaron Del Águila y Montoro (1984) en su es-

---

Organización Nacional de Mujeres, y otro que califican de radical o «cultural» para distinguirlo de los planteamientos políticos en el sentido convencional del primero. El sector radical aboga por la separación entre lesbianas y las demás feministas y concibe el lesbianismo como la estrategia política que es la quintaesencia de la idea «lo personal es lo político» (Taylor, 1992:108). En las relaciones entre géneros, esta estrategia ilustra la relación entre lo que se ha denominado la «política de la identidad» y la «política de la diferencia», que informa la acción del movimiento independentista vasco. Para Taylor (1992), dicha estrategia marca el comienzo de un *nuevo ciclo* del activismo feminista, que es sustentado por las comunidades de feministas lesbianas en las cuales las seguidoras del movimiento son socializadas en una «conciencia colectiva de oposición». Esta última es la base de una nueva identidad colectiva que tiene su *marker* o marcador simbólico en actitudes específicas hacia el sexo en la vida cotidiana. La separación entre este sector del movimiento y el liberal es un supuesto central para las feministas lesbianas que no separan su identidad colectiva de su conciencia política y sus relaciones sexuales.

tudio del discurso político en la transición en España. Una de ellas es el lenguaje que *oculta* la realidad, aspecto que encuentra en el uso de eufemismos un instrumento básico. En lugar de decir cosas, de transmitir ideas o información explícitamente o de revelarlas a través de la interpretación que posibilita, esa forma del lenguaje procede a ocultarlas. Se trata de una forma recurrente en algunos discursos sobre el conflicto vasco, «que tiene una función «ideológica y legitimadora» ya que su objetivo consiste en «justificar situaciones sociales y políticas», al igual que «mover» [movilizar] tanto como impedir la movilización de comportamientos prácticos inconscientes o no conscientes» (op. cit.:2). En las declaraciones de dirigentes nacionalistas vascos también están presentes las otras dos formas del lenguaje, la que *dice* cosas y la que *revela* otras sobre lo que piensan respecto a este conflicto.

Como señalan estos autores, la imprecisión del lenguaje es consustancial a su naturaleza genuinamente humana. Puesto que el lenguaje es fruto de la vida social y es el medio a través del cual los hombres se expresan y son capaces de reflexionar sobre sí mismos, y construir su identidad, esos procesos no pueden formularse con la precisión de un lenguaje técnico. La imprecisión de algunos discursos sobre el terrorismo muestra la distancia entre las categorías científicas y las usuales en el lenguaje que emplean las personas en su vida cotidiana, lo cual es un hecho frecuente y de central importancia en la investigación sociológica, a pesar de que no siempre es tenido en cuenta (Cicourel, 1982; Laraña, 1987).

Sin embargo, cuando la vida social sufre alteraciones significativas, el lenguaje las refleja, como viene sucediendo en el País Vasco durante las tres últimas décadas. En este caso, la inadecuación de los discursos sobre este problema no sólo se ha producido con respecto a las categorías científicas sino también respecto a las que emplean las personas al hablar de estas cosas en la vida cotidiana. En ese ámbito, las personas no suelen emplear eufemismos al tratar de muertes que se producen de forma violenta por la acción de otra persona. Ese contraste descontextualiza los discursos que recurren a eufemismos y abstractos argumentos de carácter político, ya que la vida cotidiana es el ámbito en el que las palabras empleadas por los políticos adquieren significado y capacidad de producir reacciones contra lo que las personas perciben como una injusticia.

La disparidad entre las categorías políticas y del lenguaje corriente tiene efectos directos en la *resonancia* de los discursos públicos, en su capacidad de sintonizar con un sector creciente de la opinión pública y definir un problema que no sólo afecta a una comunidad autónoma sino al conjunto del país. La descontextualización y abstracción de una parte de los discursos públicos sobre el conflicto vasco ha formado parte de este problema en la medida en que ha contribuido a diluir las responsabilidades por los crímenes cometidos por ETA. Por el contrario, el discurso de la *firmeza democrática*, empleado por las organizaciones del movimiento democrático y los partidos constitucionalistas durante la campaña electoral, no presenta esas características, sino que utiliza palabras del lenguaje corriente para promover su marco de significados. En ello radica la congruencia de este discurso con las catego-

rías empleadas por las personas en la vida cotidiana cuando hablan de estos hechos. Esto último va unido al empleo de otras categorías más elaboradas y fundadas en las ciencias sociales, lo cual potencia la capacidad de definición del discurso de la firmeza democrática. Esa combinación de categorías analíticas y corrientes será clave de su difusión y capacidad de persuasión en el futuro, si estas organizaciones persisten en sus esfuerzos y no se dejan llevar por el desaliento que algunos de sus dirigentes expresaron al producirse el reforzamiento de los partidos nacionalistas en las elecciones del 2001.

Los aspectos que acabo de exponer sobre las identidades públicas de los grupos en liza y su relación con su potencial de definición del conflicto vasco han sido destacados en los discursos de dirigentes de partidos no nacionalistas y de las asociaciones civiles que se han movilizado contra el terrorismo<sup>20</sup>. Asimismo, la ambigüedad de los discursos públicos se manifiesta en expresiones como "acción o lucha armada", "los rebeldes vascos", "los radicales vascos" —de uso frecuente en los medios de comunicación. Los tres últimos han sido empleados en influyentes diarios publicados en inglés y los dos primeros en el discurso de los dirigentes ultranacionalistas. La inadecuación de esos adjetivos no proviene de su contenido literal —los ultranacionalistas vascos son rebeldes y radicales—, sino de que omiten una referencia fundamental sobre la *forma criminal* en que se manifiestan esos rasgos de su condición. Dicha omisión se plantea en el sentido antes citado (es el discurso que oculta) e implica un reconocimiento implícito de razones que justifican la violencia terrorista<sup>21</sup>. En otros discursos sobre este conflicto también ha sido frecuente que, aunque hubiese una alusión explícita a esa forma de actuar, la naturaleza de la acción no se precisase adecuadamente, como sucede con el continuo uso de la expresión "los violentos" para designar tanto a los que cometen atentados terroristas como a los protagonistas del vandalismo callejero que se reproduce con regularidad en Euskadi. La diversidad de usos de esta palabra en nuestra lengua (en la que se emplea para calificar cosas tan diferentes como una frase agresiva, un castigo físico a un niño o un atentado con muertos y heridos) diluye su significado y dificulta una definición clara de la identidad de los que cometen los crímenes, que son simplemente objeto de tan ambigua calificación.

Los que acabo de exponer son sólo algunos ejemplos que ilustran mi análisis del frecuente uso de eufemismos y palabras que ocultan una parte de los acontecimientos en los discursos públicos sobre este conflicto, los cuales han

sido factores importantes en la persistencia del terrorismo y han debilitado la capacidad de reacción de la sociedad. La descripción de la subcultura de la violencia y sus raíces en las escuelas vascas que ha descrito un diario se orienta en el mismo sentido de señalar los efectos de la *política de omisión*, de la Consejería de Educación del Gobierno vasco, que es caracterizada por su ausencia de compromiso con la defensa de las libertades<sup>22</sup>.

### Los campos de identidad: héroes y villanos

En relación con los cambios que se están produciendo en los discursos públicos sobre el conflicto vasco, hay que destacar la extensión del calificativo totalitario a los partidos nacionalistas que hasta ahora se han presentado como democráticos. Se trata de un proceso de *extensión de los campos de identidad*, que emplean las personas para identificar a los actores colectivos en un conflicto, al que se atribuye especial importancia en la redefinición de los hechos que motivan la participación en los movimientos sociales (Hunt, Benford y Snow, 1994). Un ejemplo de este proceso fue explicitado por un conocido político vasco, Presidente del PSOE en Vitoria, antiguo militante de ETA durante los años sesenta y condenado a muerte en el proceso de Burgos por su participación en el atentado contra el inspector de policía Manzanos. En una entrevista celebrada a una hora de máxima audiencia de la televisión pública, el mismo día en que se convocaron las elecciones al Parlamento vasco, Mario Onaindía afirmó que el proyecto del PNV es totalitario ya que pretende conseguir la exclusión de la mitad de la población que no es nacionalista, y destacó que ese es el mismo objetivo perseguido por ETA<sup>23</sup>.

Este proceso de extensión de campos de identidad se ha reproducido en los discursos promovidos por otros líderes de opinión y afecta de distinta forma a la identidad pública de los movimientos sociales que intervienen en el conflicto vasco y a los resultados electorales de los partidos políticos relacionados con ellos. La incidencia negativa de esa identidad en los nacionalistas se torna positiva cuando se trata de organizaciones del movimiento democrático que apoyan a los partidos constitucionalistas. Dada la naturaleza de las campañas electorales, y la importancia que adquieren los estereotipos en los discursos

<sup>20</sup> En septiembre de este año, el Presidente del Gobierno manifestó su malestar por la forma en que un influyente diario norteamericano (*The New York Times*) se venía refiriendo a ETA como un "grupo separatista", sin emplear la palabra "terrorista" (*El País*, 9-9-2000).

<sup>21</sup> Este argumento ha sido empleado por el Presidente de la Comunidad de Madrid para justificar el cese del director de la emisora autonómica de televisión, TeleMadrid, por transmitir un programa en el que se reproducían las opiniones sobre el conflicto vasco de varios dirigentes políticos, incluyendo los de EH y gestoras preamnistía. En medio de la polémica suscitada por esta decisión a mediados de enero de 2001, Ruiz Gallardón afirmó que no había cesado a este profesional por lo que se decía en el reportaje sino por lo que en él se omitía, sobre la forma en que los miembros de estos grupos expresan sus reivindicaciones políticas, lo cual generaba la impresión de que se trataba de procedimientos y discursos congruentes con el orden democrático.

<sup>22</sup> El departamento de Educación no ha establecido nunca normas dirigidas a estimular el compromiso contra la violencia, aunque la tolerancia es un objetivo enunciado en los programas. En la práctica, todo depende de la ideología predominante en los centros y, naturalmente, de nuestra actitud personal, según las entrevistas realizadas por ese diario a varios profesores de enseñanza media (*El País*, 13-5-2001). Según esta misma fuente, algunos profesores destacaron «la escasa presencia en determinados libros de texto, no en todos, de los fenómenos del fascismo, el nazismo y el estalinismo» y echaron de menos «un tratamiento específico sobre los peligros del nacionalismo radical, excluyente. "Es ridículo" —apunta uno de ellos—, "que el capítulo de los felices años veinte, por ejemplo, tenga más importancia que el conjunto de las ideologías totalitarias, que no se plantee seriamente el tema, cuando ahora y aquí, en Euskadi, estas lecciones podrían aclarar las ideas a tanto alumno despistado y confuso"» (*El País*, 13-5-2001).

<sup>23</sup> Entrevista realizada en el programa *Tercer Grado*, de la segunda cadena, el 21 de febrero de 2001.

sos de los candidatos (Laraña, 1982), la extensión del campo de identidad totalitario a los partidos nacionalistas puede tener efectos sustantivos en la evolución del conflicto. Dada la importancia de los sentimientos nacionalistas en esa comunidad y el papel que en ello juegan las agencias de socialización, ese proceso de cambio no puede producirse en el corto espacio de tiempo transcurrido desde que se intensificaron las movilizaciones de los grupos democráticos, hace dos años, como se ha visto en las últimas elecciones autonómicas. Esos cambios simbólicos se enfrentan a unas definiciones de la situación fuertemente arraigadas, porque están vinculadas a la identidad colectiva de un sector de la población que sigue creyendo en el carácter democrático de los nacionalistas moderados.

La utilidad del concepto *boundary marker*, antes citado, radica en que no sólo permite analizar la forma en que los grupos sociales establecen límites entre un grupo de oposición y los grupos dominantes con los que se confronta (Taylor y Wittier, 1992:111), sino que puede aplicarse a grupos que no responden a esos términos de asimetría en las estructuras del poder social. Mi propuesta consiste en ampliar ese concepto al conjunto de las organizaciones que intervienen en un conflicto que, como éste, se caracteriza por la existencia de dos discursos rivales que promueven definiciones contrapuestas del mismo. Los grupos que intervienen en una controversia pública suelen emplear esas estrategias discursivas destinadas a diferenciar a los grupos con el fin de debilitar la influencia de los adversarios y potenciar su propia capacidad de persuasión.

Esta tendencia de los grupos contendientes a incidir en la identidad pública de sus oponentes y destacar sus aspectos negativos es una de las tareas de creación de marcos que suelen realizar las organizaciones de los movimientos sociales, como han destacado los sociólogos constructivistas que trabajan en este campo (Hunt, Benford y Snow, 1994). Hace casi setenta años, Karl Mannheim (1936) empleó un argumento similar para explicar el surgimiento del concepto *ideología* y destacó que se convertía en un arma de singular contundencia en las luchas políticas modernas. La estrategia de definir el campo de identidad del grupo rival también es empleada con frecuencia por otra clase de organizaciones, como algunas empresas públicas y privadas que trabajan en sectores productivos situados "en la línea de fuego de la opinión pública", en la que son situadas por organizaciones de movimientos ecologistas, como se puso de manifiesto en una investigación que he coordinado sobre riesgos tecnológicos y políticas medioambientales (Laraña, 2001a). Ello ilustra la utilidad de los conceptos procedentes del estudio de los movimientos sociales a controversias en los que adquieren un papel central los procesos y agencias de atribución de significados.

Los analistas de los movimientos han empleado el concepto *campos de identidad* para vincular los procesos de persuasión que llevan a cabo las organizaciones de movimientos sociales con cuestiones de identidad que contribuyen a explicar porqué las personas participan en ellas. La relación entre ambas cosas es consecuencia de que esos marcos no sólo establecen las conexiones ideológicas entre individuos y grupos, sino que también proponen, refuerzan y

adornan las identidades de los actores colectivos que forman parte del campo de acción de un movimiento (Hunt, Benford y Snow, 1994:221)<sup>24</sup>. Las imputaciones de identidad forman parte de las tareas de alineamiento de marcos que realizan las organizaciones de los movimientos. Esas tareas requieren que los individuos o los grupos que intervienen en una controversia pública se sitúen o identifiquen como *objetos sociales*<sup>25</sup>. El concepto "campos de identidad" se refiere a las afirmaciones que hacen los seguidores de un movimiento respecto a distintas categorías de actores colectivos. Esas categorías se pueden agrupar en tres conjuntos de identidades socialmente construidas.

En primer lugar, existe un tipo de individuos y de colectivos que son identificados como *protagonistas* por su forma de promover o simpatizar con los valores, metas y prácticas de un movimiento social; estos actores son los que también se benefician de las acciones del movimiento. En segundo lugar, hay otro conjunto de personas y colectivos que parecen estar unidos para oponerse a los esfuerzos de los protagonistas y que por tanto se identifican como los *antagonistas*. Finalmente, tenemos un tercer grupo de personas que son percibidas como *audiencias* en el sentido de que son neutrales o son observadores no comprometidos, aunque algunos de ellos puedan responder a, o informar de, los acontecimientos que presencien (Hunt, Benford y Snow, 1994:223).

Dado que el conflicto vasco se caracteriza por una notable *movilización de los discursos públicos*, ello confiere especial utilidad analítica a estos conceptos. La forma en que los dirigentes de partidos estatales se esfuerzan por definir el campo de identidad de los partidos nacionalistas vascos y su responsabilidad en el terrorismo de ETA ilustra este aspecto. Para los primeros, un efecto importante de los dos discursos nacionalistas consiste en introducir elementos de confusión en la identidad de los que realizan las acciones terroristas y son los causantes principales del conflicto. A raíz del asesinato del subteniente de la Guardia Civil, Francisco Casanova, el Ministro del Interior declaró que la acción policial iba a extenderse no sólo a los comandos de la organización terrorista sino también a otros que tienen siglas distintas pero están siendo más ETA que los propios comandos<sup>26</sup>. Eso es lo que sucedió poco después con la detención de miembros de la organización EKI en el mes de septiembre. En esas declaraciones, Mayor Oreja procedió a acotar el campo de identidad de los antagonistas del movimiento democrático —que son los protagonistas del movimiento ultranacionalista—, al afirmar que unas declaraciones de Otegui evidencian lo que todo el mundo ha confirmado, que ETA y EH son una misma estructura.

<sup>24</sup> A diferencia del énfasis de los analistas europeos de los nuevos movimientos en las transformaciones estructurales de las sociedades avanzadas y los problemas de identidad que generan en los individuos, estos sociólogos norteamericanos proponen enfocar nuestra atención en los procesos de construcción de esa identidad, la interacción dentro de sus organizaciones y las relaciones de éstas con otras que se oponen a sus demandas.

<sup>25</sup> Tales procesos consiguen esos efectos al situar o posicionar a grupos relevantes en el tiempo y el espacio, y al atribuirles unas características que impliquen relaciones específicas y líneas de acción comunes. Los estudiosos de la interacción social han observado desde hace bastante tiempo que la interacción entre dos o más individuos o grupos precisa como mínimo que éstos se sitúen o identifiquen como objetos sociales (Hunt, Benford y Snow, 1994:221).

<sup>26</sup> *El Mundo*, 10-8-2000. Las declaraciones del dirigente de EH se referían a los cuatro miembros de ETA muertos el día antes al estallar una bomba en su vehículo.

En un sentido análogo, aunque dirigiéndose sólo a la audiencia ultranacionalista el dirigente de EH se ha esforzado en enmarcar a los autores de las acciones terroristas como protagonistas del «movimiento por la liberación de Euskadi», produciendo un cambio en el campo de identidad de aquellos que son habitualmente tratados como una constante amenaza a las libertades democráticas.

Otro ejemplo del uso de los conceptos antes citados en las estrategias discursivas de los políticos son unas declaraciones del Defensor del Pueblo en las que afirmó que «los fines de ETA y el PNV son los mismos» y que «al serlo, también se produce una contaminación en los medios»<sup>27</sup>. Las características de este caso tienen interés porque ilustran cómo pueden movilizarse los discursos públicos, incluso cuando la persona que los formula ocupa un cargo formalmente independiente de los partidos y su función es intermediar en los conflictos sin tomar parte. Algunas declaraciones del Defensor del Pueblo han suscitado las críticas de periodistas que cuestionaron su imparcialidad debido a su contundencia. El interés del caso radica en la respuesta a estas críticas del señor Múgica, cuyo hermano fue asesinado por ETA, ya que afirmó que su obligación de defender los derechos de los ciudadanos hace necesaria su toma de partido contra los que más directamente amenazan y quebrantan esos derechos<sup>28</sup>. Con ello, estaba haciendo dos cosas relacionadas con mi análisis en este trabajo; i) involucrarse en la *lucha por la definición del conflicto* y enmarcar la batalla contra el terrorismo como un asunto de Estado que está por encima de los intereses de partido; ii) ese diagnóstico forma parte de la identidad liberal-democrática, así como la llamada del Defensor del Pueblo a la unidad de todos los demócratas contra las fuerzas que la amenazan.

### El poder de las analogías

Mi afirmación de que un efecto importante de los usos lingüísticos frecuentes en algunos discursos públicos sobre el conflicto vasco ha consistido en diluir una definición de la identidad pública de los grupos que intervienen en él se funda en que, cuando los campos de identidad de esos grupos no están claramente definidos, esos discursos no permiten a los ciudadanos establecer comparaciones entre ellos y con movimientos totalitarios que surgieron en un pasado reciente. A pesar de que la información de los ciudadanos sobre esos movimientos no procede de experiencias personales sino de fuentes indirectas, para que esas comparaciones sintonicen con la población un elemento importante radica en la semejanza entre el comportamiento de los grupos ultranacionalistas con el de nazis y comunistas, puesto que ambos se han caracterizado por el uso de la violencia para suprimir la libertad de expresión y la disidencia política. Si el de los primeros es observable en la vida cotidiana, la analogía con el de los movimientos totalitarios responde a una de las condiciones de las

que depende el éxito de los procesos de creación de marcos, su coincidencia con relatos e imágenes que han sido transmitidos a través de la cultura oral, el cine, la literatura y los medios de comunicación<sup>29</sup>.

Esta analogía no puede surgir de la información publicada en los medios de comunicación, cuyo carácter fragmentado en este caso es reforzado por la ambigüedad del discurso nacionalista oficial y por los medios de comunicación controlados por el Gobierno vasco. Ese control parece especialmente intenso en el canal de televisión autonómica y tiene una poderosa influencia en la percepción del conflicto vasco y las tendencias de voto. Para contrarrestar esa influencia y difundir la analogía en medios de ámbito estatal y local, adquieren una importancia central las organizaciones del movimiento democrático antes citadas. En las elecciones autonómicas de mayo de 2001, estos grupos han sido especialmente activos y han redoblado su acción simbólica para presentar públicamente al nacionalismo como una forma contemporánea de *totalitarismo étnico*. Ello ilustra una idea progresivamente difundida en los últimos años en el análisis de los cambios en la concepción de la política y su práctica, según la cual los partidos políticos van a la zaga de los movimientos sociales en la definición de cuestiones transcendentales para las sociedades contemporáneas (Almaraz, 2001; Beck, 1992, 1997).

Durante la última campaña electoral, un dirigente de ¡Basta Ya! hizo especial hincapié en la analogía entre los movimientos totalitarios y el nacionalismo vasco. En un artículo publicado en el diario de mayor influencia en España, Fernando Savater pidió la participación en esas elecciones contra «el proyecto de totalitarismo étnico, la parálisis inducida de la Ertzaintza (policía vasca) y el envilecimiento general de una población que prefiere ser cómplice en lugar de víctima»<sup>30</sup>. La atribución de una identidad totalitaria en este artículo no se limitó al ultranacionalismo vasco, sino que se extendió al partido nacionalista en el poder, al que se hacía responsable de la situación de inseguridad en que viven los ciudadanos no nacionalistas, lo cual ilustra mi anterior análisis sobre la extensión de ese campo de identidad.

Sin embargo, lo más interesante radica en una nueva extensión del marco de diagnóstico en el que se define el problema existente en Euskadi y se atribuye su responsabilidad a un sector de la población, al que se define como «cómplice» por su pasividad ante la situación. Ese proceso de *extensión de marcos* persigue motivar la participación de los ciudadanos más «timoratos» y «desinformados», pero también contiene una acusación a los que siguen votando a los partidos nacionalistas moderados a los que previamente se les ha imputado la principal responsabilidad por lo que acontece en Euskadi. Estos dos elementos del marco de diagnóstico promovido por las organizaciones constitucionalistas tienen mayor complejidad y contrastan con el prevaleciente en los me-

<sup>29</sup> Es el concepto de *fidelidad narrativa* que acuñan Snow y Benford (1988) para designar uno de los rasgos culturales del contexto donde surgen los movimientos que favorecen las actividades de creación de marcos (Snow y Benford, 1988). La correspondencia entre éstas con alguno de esas «condiciones infraestructurales» es suficiente para movilizar el consenso entre los seguidores de un movimiento.

<sup>30</sup> F. Savater, «Por la libertad y contra el miedo», *El País*, 29-4-2001.

<sup>27</sup> *El País*, 11-10-2000.

<sup>28</sup> *El País*, 11-10-2000; mi información sobre esto también proviene de la intervención de Múgica en el programa radiofónico dirigido por Luis Herrero en la COPE el día anterior.

dios de comunicación sobre la naturaleza democrática de un movimiento pionero en la lucha por las libertades durante el franquismo. El cambio en esa percepción pública constituía un factor importante del éxito electoral de las fuerzas constitucionalistas pero se enfrentaba con serios problemas. Ese cambio requiere más tiempo ya que es fruto de una acción cultural que por su naturaleza lo exige y choca con la que desde hace más de veinte años emana de las instituciones sociales, los medios de comunicación y las agencias de socialización. El poder de la analogía citada también se enfrenta con la importancia que adquieren las cuestiones de identidad en las sociedades complejas y con el arraigo de la identidad etnonacionalista en Euskadi, frente a la importancia que adquiere la forma de identidad liberal-democrática en los movimientos sociales contemporáneos (Laraña, 1999). Asimismo, la importancia de los estereotipos y la acotación de los mensajes, que caracteriza a las campañas electorales, hace difícil la extensión de esta analogía a los partidos nacionalistas identificados como democráticos por la opinión pública.

La estrategia discursiva de Savater es potenciada por su prestigio profesional y su condición de líder de opinión, que ejerce a través de una presencia continua en algunos medios de comunicación. Sin embargo, su capacidad de persuasión de potenciales seguidores, o de simples simpatizantes, para que abandonen su posición de pasividad ante las violaciones de los derechos civiles de una parte de la población y no voten a partidos nacionalistas, se funda en su condición de dirigente de la citada organización del movimiento democrático. Este aspecto se explicó en una referencia de identidad colectiva que introdujo al final de su artículo, con lo cual su contenido se extendió en otro sentido, al proceder del portavoz de una de las organizaciones más activas del movimiento democrático<sup>31</sup>. Al igual que ha sucedido en otras controversias públicas (Laraña, 2001a), esa condición, y no su estatus profesional o su acceso a los medios de comunicación, es el aspecto clave de su capacidad de persuasión. Y el diagnóstico de Savater sobre el conflicto vasco también parece provenir de su participación en las movilizaciones contra el terrorismo que se vienen produciendo en toda España durante la segunda mitad de los años noventa. La atribución de responsabilidad por esa situación al partido nacionalista en el Gobierno —“ETA culpable, PNV responsable”— ha sido uno de los eslóganes recurrentes en esas manifestaciones, que aparecía escrito en muchas pancartas.

Aunque la denuncia de las relaciones de poder e interés que parecen vincular a los movimientos nacionalistas y moderados ha formado parte de los discursos empleados por partidos nacionalistas en la última campaña electoral, su estrategia discursiva hizo más hincapié en una analogía menos ambiciosa, que consistió en atribuir una identidad totalitaria al ultranacionalismo vasco y las personas que lo apoyan. El fuerte descenso de la coalición ultranacionalista

<sup>31</sup> Y el artículo también presenta a este grupo, destacando su compromiso con la defensa de la democracia que ha llevado a cabo movilizaciones y realizado informes como parte de una lucha necesaria contra la apatía, la resignación timorata y la desinformación sobre lo que hoy ocurre en Euskadi. Ahora, a comienzos de la campaña electoral, lanzamos este llamamiento, ¡que nadie renuncie a su derecho a votar, porque hoy más que nunca es una obligación cívica de la que dependen las vidas de muchos y las libertades de todos! (Savater, *El País*, 29-4-2001).

Euskal Herritarrok (cerca de ochenta y dos mil votos menos y la mitad de los escaños que consiguió en las elecciones de 1998) muestran que ese mensaje, el más claro y de fácil difusión, ha tenido eco en la población. Por ello y las razones que acabo de exponer, la decepción de los grupos constitucionalistas puede deberse a una proyección excesivamente optimista de su capacidad de cambiar las intenciones de voto de un electorado conservador, con un nivel de vida considerablemente alto. Asimismo, el apoyo electoral obtenido por los partidos nacionalistas que se presentan públicamente como moderados ilustra mi argumento inicial sobre la importancia de los movimientos sociales en la transición española y sobre la necesidad de abordar este proceso desde otros supuestos, en los que ni el protagonismo de las élites políticas ni la estructura de oportunidades políticas constituyen los únicos supuestos explicativos de ese cambio.

La difusión de la analogía entre el movimiento ultranacionalista vasco y los totalitarios del pasado no se había producido antes de la irrupción del movimiento democrático en la vida pública con la amplitud que ahora presenta; ello favorecía la persistencia del apoyo al ultranacionalismo vasco y marcaba una diferencia con lo que sucedía en las democracias occidentales. El cambio en esa situación muestra el potencial de definición de este movimiento y el significado que puede tener en la consolidación de la transición democrática, cuyo principal obstáculo no radica en la persistencia de una organización terrorista sino de una *comunidad de legitimación* (Tejerina, 1997), sin la cual habría desaparecido hace tiempo. El poder de la analogía entre el ultranacionalismo vasco y los movimientos totalitarios radica en su capacidad de socavar dicha comunidad y minar las razones públicamente reconocidas para la obediencia de sus miembros a una vanguardia armada que reproduce el modelo del partido leninista en el seno de una democracia occidental.

## Conclusiones

La influencia de la concepción instrumental de la violencia es explícita en el movimiento ultranacionalista, que la considera un medio legítimo si conduce a la liberación del “pueblo vasco”. Esa concepción es rechazada en el discurso del partido nacionalista, pero permanece latente e influye en él, y constituye una estructura que confiere sentido a su discurso sobre el conflicto vasco. La influencia de esa *estructura latente* se manifiesta a través de la ambigüedad del discurso nacionalista y en hechos más graves que afectan a su condición de partido gobernante, como la politización de la policía autonómica y los problemas de eficiencia que ello genera. Todo ello contrasta con fuerza con la existencia de un orden constitucional desde hace más de veinte años e ilustra la naturaleza de proceso de ese cambio, así como los aspectos de reflexividad que se presentan en el caso español. Sin embargo, ello muestra la complejidad de la transición a la democracia ya que el surgimiento implica un cambio cultural que no es simplemente producido por la promulgación de ese orden político, y está en función de los lapsos de tiempo que permiten la socialización de los jóvenes y la difusión de los valores y significados democráticos. La persis-

tencia de una subcultura de la violencia en el País Vasco durante muchos años hace necesario analizar en profundidad el papel desempeñado por las agencias básicas de socialización, y por los partidos de los que dependen o que influyen en los marcos de significados de la población. En los últimos años, los medios de comunicación han atribuido a las *ikastolas* buena parte de la responsabilidad por la persistencia de tal subcultura.

Puesto que la concepción instrumental de la violencia informa el pronóstico de soluciones al conflicto vasco que promueve el ultranacionalismo, también sirve para establecer la frontera entre los que la comparten y los que no. La distinción entre 'violentos' y 'no violentos', que han promovido los medios de comunicación de masas tiene un significado similar a la que distingue entre 'no demócratas' y 'demócratas'. Durante los últimos meses, en los discursos públicos se ha difundido un campo de identidad que prevalece sobre los dos anteriores y separa a 'constitucionalistas' y 'nacionalistas'. Ello ha producido una nueva cadena de atribución que puede tener importantes efectos electorales, ya que extiende el campo de identidad de los violentos y no demócratas a todos los nacionalistas, incluyendo aquellos que hacen pública profesión de fe en la democracia.

Esta redefinición de los campos de identidad está teniendo efectos importantes en la evolución del conflicto vasco en un sentido que contribuye a definir sus límites. Un argumento básico en este trabajo consiste en afirmar que la persistencia de este conflicto está íntimamente relacionada con un fenómeno de difuminación de esos límites, que está vinculado a formas de identidad en las que el objetivo de 'liberación del pueblo' actúa como un elemento central de cohesión y legitimación. Ambas cosas se articulan en unos discursos en los que la concepción instrumental de la violencia juega un papel tan importante como implícito en unos casos, y explícito en otros. Por ello, la acción de los grupos democráticos adquiere efectos simbólicos de central importancia en el conflicto vasco, que consisten en esclarecer la situación y actuar como un espejo en el que se refleja la sociedad y deviene consciente de sus límites y posibilidades. En el marco de acción del movimiento democrático, el Estatuto de Autonomía y la Constitución constituyen los límites de toda acción política destinada a buscar soluciones al conflicto; el carácter inviolable de los derechos de todos los ciudadanos es la precondition para esa acción, y define la identidad de los interlocutores que pueden participar en ella.

Una vez más, las organizaciones democráticas han dado lugar a una clase de acción colectiva que muestra la naturaleza de los movimientos sociales como mensajes simbólicos y agencias de significación colectiva que difunden nuevas ideas y pautas alternativas de relación entre las personas: en este caso, en ausencia de miedo y en libertad.

Me refiero a otra manifestación de los procesos de reflexividad que no suele ser abordada en los trabajos teóricos sobre este tema (Beck, 1992; 1997; Giddens, 1990; 1994), se plantea en el plano intermedio de las organizaciones sociales e ilustra el papel de los movimientos en los procesos importantes de cambio social. A pesar de su importancia, este aspecto no ha sido objeto de la debida atención en literatura prevaleciente sobre la transición en España, que se articula en una aproximación instrumental a las relaciones entre partidos po-

líticos y movimientos sociales, en la que éstos se conciben como fenómenos esencialmente políticos y por tanto subordinados a los partidos. Esa concepción está siendo desbordada por los acontecimientos que tienen lugar en las sociedades complejas y muestran la importancia de los procesos de reflexividad social como los que son analizados en este capítulo.

## Referencias bibliográficas

- ALMARAZ, José (2001): «Subpolítica: los ciudadanos y la política en las sociedades avanzadas», trabajo presentado en la I Conferencia Regional de la AIS para América Latina y el Caribe, Isla Margarita, 7-12 de mayo de 2001.
- ARENDT, Hannah (1951): *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt Brace Javanovich.
- AZURMENDI, Mikel (1998): *La herida patriótica. La cultura del nacionalismo vasco*, Madrid, Taurus.
- BECK, Ulrich (1992): *Risk Society. Towards a New Modernity*, Londres, Sage.
- (1997): «La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva», en U. Beck, A. Giddens y S. Lash: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- BENFORD, Robert (1997): «An Insider's Critique of the Social Movement Framing Perspective», *Social Inquiry*, vol. 67, nº 4.
- BLUMER, Herbert (1969): «Symbolic Interactionism. Perspective and Method», New Jersey, Prentice Hall.
- (1990): *Industrialization as a Agent of Social Change: A Critical Analysis* (Communication and Social Order), Nueva York, Aldine De Gruyter.
- CASTELLS, Manuel (1997): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. I, Madrid, Alianza.
- CICOUREL, Aaron [1964]/(1982): *El método y la medida en sociología*, Madrid, Editora Nacional.
- DEL ÁGUILA, Rafael y MONTORO, Ricardo (1984): *El discurso político de la transición española*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- DEL CAMPO, Salustiano (1962): *La sociología científica moderna*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- (ed.) (1993): *Tendencias sociales en España 1960-1990*, Bilbao, Fundación BBV.
- FREEMAN, J. (1974): «The Origins of the Women's Liberation Movement», *American Journal of Sociology*, nº 78, p. 4.
- GIDDENS, Anthony (1990): *The Consequences of Modernity*, Londres, Polity Press. [Versión española en Madrid, Alianza Universidad, 1994.]
- (1994): *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*, Cambridge, Polity Press. [Traducido al español en Cátedra, 1996.]
- GOFFMAN, E. [1974]/(1986): *Frame Analysis*, Boston, Northeastern University Press.
- GUSFIELD, Joseph (1994): «The Reflexivity of Social Movement: Collective Behavior and Mass Society Revisited», en Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield (eds.): *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Fila-

- delfia, Temple University Press. [Trabajo publicado en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.]
- HUNT, SCOTT; BENFORD, Robert y SNOW, David (1994): «Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities», en Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield (eds.): *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Filadelfia, Temple University Press. [Trabajo publicado en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.]
- JOHNSTON, Hank (1991): «*Tales of Nationalism: Catalonia, 1939-1979*», New Brunswick, Rutgers University Press.
- ; LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (1994): «Identities, Grievances and Ideologies of Everyday Life», en Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield (eds.): *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Filadelfia, Temple University Press. [Trabajo publicado en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.]
- JUARISTI, Jon (1997): *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa Calpe.
- (2001): «Los nacionalismos vascos al filo del milenio», conferencia en Club Siglo XXI, 8 de marzo.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (ed.) (1995): *Culturas, Estados, Ciudadanos; una aproximación al multiculturalismo en España*, Madrid, Alianza.
- (2001): «La normalización de España. España, Europa y la modernidad», *Claves de la Razón Práctica*, nº 111, abril.
- LARAÑA, Enrique (1982): «Desencanto, crisis de autoridad y nacionalismo en la evolución política del País Vasco», *Revista Internacional de Sociología*, nº 41.
- (1984): «Cambio Social», en S. del Campo, *Tratado de Sociología*, vol. II, Taurus, Madrid.
- (1987): «Las drogas como problema social: tipologías y políticas de tratamiento», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 34, pp. 83-109.
- (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza.
- (2001a): «Reflexivity, Risk and Collective Action Over Waste Management. A Constructive Proposal», *Current Sociology*, nº 49, 1.
- (2001b): «Teoría y método en la investigación de la reflexividad y los riesgos tecnológicos», en Crespo y Soldevilla (eds.): *La constitución social de la subjetividad*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- LYOTARD, Jean-Francois (1986): *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra.
- MANNHEIM, Karl (1936): *Ideology and Utopia*, Nueva York, Harvest Books.
- MELUCCI, Alberto (1989): *Nomads of the Present*, Filadelfia, Temple University Press.
- (1996): *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOLINER, María (1996): *Diccionario del uso del español*, Madrid, Gredos.
- SAVATER, Fernando (2001): *Perdonen la molestias. Crónica de una batalla sin armas contra las armas*, Ediciones El País.
- «Por la libertad y contra el miedo», *El País*, 29-4-2001.
- SNOW, David y BENFORD, Robert (1988): «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization», en Klandermans *et al.*: *International Social Movement Research*, vol. 1, Greenwich, JAI Press.
- y — (1992): «Master Frames and Cycles of Protest», en Aldon Morris y Carol Mueller (eds.): *The Frontiers in Social Movement Theory*, Londres, Yale University Press.
- ; BURKE, Rochford; WORDEN, Steven y BENFORD, Robert (1986): «Frame Alingment Process, Micromobilization and Movement Participation», *American Sociological Review*, nº 5.
- TAYLOR, Verta y WITTIER, Nancy (1992): «Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization», en A. Morris y C. Mueller (eds.): *Frontiers in Social Movement Theory*, Londres, Yale University Press.
- TEJERINA, Benjamín (1997): «Ciclo de protesta, violencia política y movimientos sociales en el País Vasco», *Revista Internacional de Sociología*, nº 16, pp. 7-38.
- TOURAINE, Alain (1993): *Crítica a la modernidad*, Madrid, Temas de Hoy.
- WEBER, Max (1944): *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.